

**OTRA NOVELA INGLESA AMBIENTADA EN
CANARIAS: *THE TENTH YEAR OF THE SHIP. A
NOVEL*, DE NORMAN LEWIS (1962)**

**ANOTHER ENGLISH NOVEL SET IN THE CANARIES:
THE TENTH YEAR OF THE SHIP. A NOVEL, BY
NORMAN LEWIS (1962)**

M.^a Isabel González Cruz

RESUMEN

Siguiendo nuestra línea de investigación habitual (la extensa bibliografía inglesa sobre Canarias) en esta ocasión comentaremos otra obra literaria de ficción, escrita en lengua inglesa y relacionada con el archipiélago canario, que hasta ahora no habíamos registrado en nuestra bibliografía. Se trata de la obra titulada *The tenth year of the ship. A novel*, publicada en Londres en 1962 por el prestigioso escritor británico Norman Lewis. En esta obra desfilan una serie de personajes que representan tanto a los nativos isleños como a miembros de la colonia inglesa asentada en Vedra, una isla canaria imaginaria, si bien se nombran otros lugares reales, como Tenerife o Las Palmas. Los distintos comentarios que Lewis va insertando en la narración nos dan algunas pistas sobre su visión e impresiones tanto de las islas como de los canarios.

PALABRAS CLAVE: bibliografía inglesa sobre Canarias, novela, Canarias.

ABSTRACT

Following our main research line –that of the wide English bibliography on the Canaries– this paper focuses on another literary and fictional work written in English and closely related with the Canary Islands. It is a book titled *The tenth year of the ship. A novel*, published in 1962 by the prestigious British writer Norman Lewis, which we had not registered so far. In this novel we find a number of characters who represent both native Canarians and members of the British colony settled in Vedra, an imaginary island of the Canarian group, although real places like Tenerife or Las Palmas are also mentioned. In his writing Lewis includes a series of observations which give us some clues about his impressions about the Canary Islands and their inhabitants.

KEYWORDS: English bibliography on the Canaries, novel, Canary islands.

M.^a Isabel González Cruz: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Departamento de Filología Moderna. C/ Pérez del Toro 1, despacho 115. 35004 Las Palmas de Gran Canaria. migonzalez@dfm.ulpgc.es

INTRODUCCIÓN

La bibliografía inglesa sobre Canarias constituye un extenso y variado corpus de gran interés, tanto para los especialistas como para el público general. Siguiendo nuestra línea de investigación habitual, la del estudio de esa extensa bibliografía inglesa sobre Canarias, en esta ocasión nos proponemos como objetivo principal comentar otra obra literaria de ficción relacionada con el archipiélago canario que se publicó en lengua inglesa, y que hasta ahora no habíamos registrado en nuestro catálogo (González Cruz, 2002). Si en trabajos anteriores (González Cruz, 2006, 2008, 2010) ya presentamos y estudiamos otras novelas ambientadas en Canarias, como *Grand Canary. A novel* (1933) de A. J. Cronin, los cuentos publicados por Paul Eldridge bajo el título de *Tales of the Fortunate Isles* (1959), y el relato de viaje *Canary Island adventure. A young family's quest for the simple life* (1956) de Richard Walter, esta vez nos centraremos en la obra titulada *The tenth year of the ship. A novel*, del prestigioso escritor británico Norman Lewis, publicada en Londres en 1962, por la editorial Collins, aunque también ese mismo año saldría otra edición en los Estados Unidos con la casa Harcourt.

En líneas generales, podemos decir que en esta obra de ficción desfilan una serie de personajes que representan tanto a los nativos isleños como a miembros de la colonia inglesa asentada en una isla canaria imaginaria, denominada Vedra. No obstante, junto a los lugares ficticios se nombran con frecuencia otras islas reales, como Tenerife, Gran Canaria, La Palma, La Gomera y Lanzarote, y ciudades como Las Palmas. A lo largo de este trabajo, iremos desvelando los distintos elementos, reales unos y otros ficticios, así como los comentarios que el autor va insertando en la narración y que nos dan algunas pistas sobre su visión e impresiones tanto de las islas como de los canarios.

BREVE SINOPSIS SOBRE EL AUTOR: NORMAN LEWIS

Nacido en Londres en 1908 de familia galesa, Norman Lewis vivió en Middlesex (Inglaterra) y desde 1959 se estableció en Essex hasta su reciente fallecimiento en julio de 2003. Aunque quizá no se le conoce muy extensamente, Lewis es considerado como uno de los escritores más importantes del siglo veinte. Graham Greene llegó a afirmar sobre él: “Norman Lewis es uno de los mejores escritores, no de ninguna década particular, pero sí de nuestro siglo”. Lewis publicó varios volúmenes autobiográficos, en los que se muestra preocupado ante todo con sus observaciones de los muchos lugares en los que vivió en diversos tiempos, entre los que se incluyen la isla de Saint Catherine en Gales meridional cerca de Tenby, el distrito de Bloomsbury de

Londres durante la II Guerra Mundial, Nicaragua, un pueblo de pesca español, y un pueblo cerca de Roma, además de países como Argelia, Túnez, Austria, Indochina, Paraguay, Haití, Liberia o Cuba, en los que pasó también algún tiempo por diversos motivos. Parece, no obstante, que hay que incluir a Canarias entre los muchos lugares que visitó y sobre los que escribió.

Conocido más bien por sus libros de viajes, Lewis también escribiría por lo menos una docena de novelas. Algunas de estas disfrutaban de éxito significativo en el momento de su publicación, pero su reputación se apoya principalmente en sus relatos de viaje. Casado en tres ocasiones, y padre de seis hijos, los orígenes españoles de su primera esposa, Ernestina Corvaja, hicieron que su primer libro, titulado *Spanish adventure* (1935), narrase un viaje a España en 1934, país en el que también se centró su último trabajo, *The Tomb in Seville*, publicado el mismo año de su muerte en 2003. Con esa aventura española se inicia su faceta de autor de una serie de libros de viaje, actividad sobre la que en este primer libro Lewis (1935:11) nos dice: “Por primera vez en mi vida me encontraba en posesión simultánea (y en proporción geométrica decreciente) de los tres prerequisites para viajar: inclinación, tiempo y dinero. Lo primero era innato, para lo segundo había necesitado años de ir apañándomelas astutamente, y en cuanto al tercero, un extendido periodo de sacrificios. (Y cuando hablo de viajar, por supuesto que no me estoy refiriendo a las usuales vacaciones cortas y poco gratificantes)”. Por los datos que da en su autobiografía (Lewis, 1994) sabemos que viajar a lugares poco visitados del mundo y que estuvieran lo mas lejos posible era algo que le relajaba mucho; si no, prefería vivir con su familia de forma totalmente introspectiva, casi monástica, en las profundidades de Essex. Evans (2008: 416) nos cuenta que en los años cincuenta Lewis viajó con Lesley Burley, su segunda esposa, a Italia, a España, a Marruecos y a Canarias, unos viajes que fueron cada vez más relajados, menos interesados en buscar el impacto. Al parecer visitaron el norte de África con Ito, el hijo que había tenido con su primera esposa, de camino hacia Canarias, donde iban a probar una cámara fotográfica submarina. En Tenerife, comenta Evans, buscó un buen sitio para bucear, aconsejado por un médico local que le indicó una playa cerca de la cual había un islote. De hecho el libro incluye una foto tomada bajo el mar en la que se ve a Ito con un enorme mero.

Dos de sus novelas, *Samara* (1949) y *Within the Labyrinth* (1950), reflejaron sus experiencias como sargento en las fuerzas de seguridad del Servicio de Inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, y sus recuerdos de esta época dieron lugar a *Naples 44*, novela en la que hace una dramática descripción de una ciudad totalmente destruida por la guerra. Acerca de la figura de Norman Lewis leemos lo siguiente en el *Oxford Dictionary of National Biography*:

Con su humor inexpresivo característico, afirmaba preferir los lugares inaccesibles con gobiernos despóticos, mosquitos y malaria. Lewis era un hombre alto, con gafas, delgado y ligeramente encorvado, con bigote recortado y de ojos sentimentales. Conservaba la huella del acento del norte de Londres en su voz y sus modales eran humildes. Aunque posteriormente formaría equipo con el fotógrafo Don McCullin en diversas expediciones, por lo general le gustaba viajar solo, confiando en su habilidad para desenvolverse en seis idiomas (francés, español, árabe, ruso, alemán e italiano). Reunidos en formato de libro, sus artículos interesaban especialmente a los lectores que gustaban de lo llamativamente sórdido y estrafalario. Saboreaban la fina destreza de su prosa y su aguda vista para lo excéntrico. Quizá lo subestimado de su estilo compensaba la exageración del contenido. Como ya advirtió en una ocasión a un periodista de *The Times*, “De todo lo que le cuente, córtele la mitad o dos tercios”. Desdeñaba un poco las fechas y a veces disfrazaba los lugares. Por ejemplo, escribió sobre Farol en Cataluña y sobre su hogar en Long Crendon, en Essex; pero ninguno de estos lugares aparece en ningún mapa (traducción propia).

En la novela que aquí nos ocupa sucede algo similar, ya que —como bien sabemos— Vedra, la isla canaria en la que se desarrolla la acción, no existe; pero junto a los elementos de ficción que sin duda aparecen en el libro, encontramos otros que sí parecen tener ciertos visos de realidad, como veremos a continuación.

LA OBRA: *THE TENTH YEAR OF THE SHIP*

La prensa londinense se hizo eco de la salida a la luz de esta novela, y así encontramos una pequeña reseña en la página 15 de la edición del 29 de marzo de 1962 del periódico *The Times*, bajo el título de “New Fiction”. Uno de los aspectos que se destacan en ella es la gran habilidad de Lewis para desarrollar varias líneas argumentales al mismo tiempo en la obra y su destreza para conectar las distintas historias de unos personajes que refuerzan el ambiente de miseria, corrupción e incomodidad del lugar.

La novela está organizada en 21 capítulos, precedidos de otro inicial más corto, no numerado y con el título “Tur”. El argumento podría resumirse así: durante un siglo y medio la saga de los Tur, de origen catalán, ha estado afincada en Vedra, una lejana isla en el archipiélago canario donde han ejercido su poder, consiguiendo además evitar que la isla se desarrollase económicamente y que su dominio casi feudal pudiera verse amenazado. Tras varios intentos frustrados por la influencia de don Flavio Tur, una compañía

de Las Palmas consigue autorización para ampliar el muelle e inaugurar el servicio de una línea marítima regular. Al cabo de diez años de contacto con el mundo exterior mediante este buque, Vedra empieza a transformarse y a adoptar todos los adelantos y nuevas costumbres del siglo XX, y con ello el poder feudal de Tur empieza a ser reemplazado por la tiranía de los especuladores, en su mayoría empresarios relacionados con una factoría de conservas de pescado de Las Palmas. Con esta nueva opresión los pescadores de la isla son instados a rebelarse, mientras que los campesinos, atraídos por la promesa de ganancias fáciles en la ciudad, empiezan a abandonar sus tierras. En medio de esta situación, Lewis nos presenta a una serie de personajes marcados por sus ambiciones, temperamentos conflictivos, vicios, virtudes y pasiones. De esta lista de personajes, comentaremos a continuación los más importantes.

En el capítulo introductorio, denominado “Tur”, Lewis nos presenta a esta saga, que se inicia con don Nemesio Tur, un comerciante catalán que había vivido la revolución francesa y había llegado a la conclusión de que “el progreso es solo una media verdad para el hombre común, pero para el aristócrata es una mentira”. Don Nemesio se encargó de transmitir este importante mensaje a sus descendientes, fruto de su experiencia vital: según sus observaciones, para las clases privilegiadas el progreso no significaba otra cosa que un proceso continuo hacia la disminución de los placeres de la vida. De ahí que se propusiera buscar la forma de que sus sucesores consiguieran parar los cambios que pudieran disminuirles el disfrute de su herencia. Para ello, ya casi al final de su vida, se pasó varios años buscando un lugar lejano y pequeño, que fuera

inaccesible desde Madrid, aunque no alejado de la civilización de manera tan bárbara como las colonias de Sudamérica, y donde la gente viviese en un estilo primitivo, y la burocracia [...] fuera demasiado aburrida e indiferente como para prestar atención a los pequeños abusos de poder de los terratenientes feudales. Encontró lo que buscaba en Vedra, una pequeña isla en el archipiélago canario. Con la depresión que siguió a la guerra, pudo comprar a muy bajo precio la mayor parte de Vedra. Y aquí, don Nemesio consiguió organizar lo que visto desde arriba era una especie de utopía estancada, en la que él y sus descendientes se esforzaban por disfrutar el *douceur de la vie*, que se suponía había desaparecido en todos los demás sitios (p. 6).

Pero nuestro protagonista principal en la novela es don Flavio Tur, que es el séptimo Tur de la saga. Además de poseer toda la tierra de valor de la isla, cuando él empieza a estar al frente del imperio familiar, los Tur controlaban

todo el comercio de Vedra, al ser los dueños de todas las embarcaciones, una flota formada por media docena de veleros, pequeños, más bien arcaicos, pero bellos, que transportaban los plátanos y las verduras de la isla, junto con un pequeño número de pasajeros, y sólo aquellas importaciones a las que Tur diera su aprobación. De esta forma, con esta política de aislamiento, favorecida tanto por los fuertes vientos que sacudían toda la isla durante la primavera, el otoño y el invierno, junto con la poca profundidad del puerto, que impedía atracar barcos mayores que los de Tur, los isleños se mantenían fuera de contacto con el mundo exterior. Todos los intentos que se habían hecho durante cincuenta años para aumentar la profundidad del puerto, se habían encontrado con la oposición de los Tur, siempre dispuestos a pagar y sobornar a quien hiciera falta. Pero con la llegada de la república, a mediados de los años treinta, los contactos de don Flavio en la capital empezaron a disminuir y por fin darían comienzo las operaciones de dragado del puerto, a mano de una compañía privada que llegó a Vedra, a pesar de todas las peticiones y los sobornos de Tur. Tras un año de trabajo, el puerto estaría listo para que el nuevo vapor iniciara su servicio semanal, trayendo consigo todos los explosivos componentes de la modernidad que, como Tur sabía muy bien, iban a romper en pedazos su mundo. Cualquiera que regresara a Vedra después de estar fuera unos años, apenas iba a poder reconocer la isla, aunque el cambio sería más espiritual que físico. En palabras de Lewis:

Moralmente la isla se había revolucionado. El barco había traído miles de turistas que se habían gastado mucho dinero y habían dejado su huella. Las mujeres de Vedra estaban empezando a bañarse en la playa y a aparecer en lugares públicos con trajes sin mangas, mientras que en casa pretendían sentarse a las horas de las comidas con los hombres. El número de nacimientos estaba disminuyendo rápidamente. Los delitos con violencia también se estaban reduciendo pero ya no se podía dejar una cartera sobre la mesa en una cafetería y confiar en encontrarla de nuevo allí, intacta, unas horas después cuando uno descubría la pérdida (p. 8).

A pesar de que la situación había empeorado en los nueve años que el vapor *Almirante Cervera* llevaba en servicio, Tur todavía consideraba que tenía todo bajo control, y aún podía manipular a las autoridades. Pero sería en el décimo año cuando las intrigas de los especuladores y las industrias entrarían en escena y nuestro cacique empezaría a notar que su ámbito de influencia política y social se venía abajo, al igual que el familiar, pues pronto se da cuenta de que su yerno, Valentín, había montado toda una trama para conseguir que Basilisa, su esposa, cometiera adulterio, y obtener así un

divorcio que le permitiera quedarse con todas las propiedades aportadas por ella al matrimonio.

Uno de las primeras referencias a otros personajes que encontramos en la novela es la de los comerciantes de frutas ingleses y sus familias, establecidas largo tiempo en la isla (p. 9). Son los “ingleses hispanizados” (p. 11) de Vedra, que tenían en el bar Mirasol su bastión o fortaleza para las ocasiones importantes, como los días en que llegaba o salía el barco. Lewis los describe así:

Eran principalmente residentes con papeles, cuyas familias habían controlado durante generaciones el comercio local de fruta. Caminaban despacio, vestían con ropas oscuras, se echaban la siesta, se enorgullecían de la pureza de su acento castellano, evitaban el sol de mediodía y los sombreros de campesinos [...] (p. 11).

Sobre ellos leemos en boca de Tur: “...nuestra colonia inglesa es única. La gente de Herrera puede tener el cráter volcánico más grande del mundo pero nosotros tenemos a nuestros ingleses. Son una característica del lugar” (p. 100). Y de hecho los dos personajes concretos con los que comienza el primer capítulo son extranjeros, la inglesa e independiente Laura, una maestra de escuela que tres años atrás pasaba las vacaciones de Navidad con unos familiares en Tenerife, donde oyó hablar de un palacio en ruinas que se alquilaba en la isla de Vedra por unas pocas libras al año. Se instaló en él, dejando su trabajo y ganándose la vida como reportera ocasional y una paga de tres libras a la semana que le pasaba su padre. El que la llamaran doña Laura se le había subido a la cabeza y parece que el ambiente feudal “había sido demasiado para ella” (p. 14).

En este capítulo inicial, Laura conversa con Becket, un pintor también inglés y algo bohemio que está un poco enamorado de ella, pero que juega a seducir a mujeres como la propia hija de Tur. Y mantienen el siguiente diálogo:

—Con todas sus desventajas, me imagino que estarás de acuerdo con que este es un lugar muy agradable para vivir.

—Supongo que sí, ¿por qué?

—Además de que es ridículamente barato.

—Si te gusta el caldo de pescado...

—E incluso si no te gusta. Quiero decir que el clima es una pasada. Todo el mundo te trata como a un ser humano. No existe el invierno ni nada parecido —no he tenido un resfriado en siete años. Lo que quiero decir es que no hay un lugar en todo lo que conozco del Mediterráneo con el que se pueda empezar a hacer una comparación (p. 12).

Mientras ellos hablan, una multitud de ciudadanos acude al puerto a recibir al barco que trae al que va a ser el nuevo gobernador de la isla (pp. 17-18), un tal Vicente Torres Ferrer, que Lewis describe más adelante como “el hombre menos prometedor del Ministerio, que a su debido tiempo sería recompensado con el trabajo menos prometedor —el gobierno de Vedra. Vedra era el lugar de destierro para los hombres que querían olvidar— hombres como Ferrer” (p. 49). Su cometido era averiguar si eran ciertos los rumores de que había un complot, de que en la isla se estaba preparando un sabotaje y una serie de insurrecciones, objetivo que iba a ser difícil conseguir no sólo por su propia ineptitud sino porque estaría rodeado de “un ejército de subordinados incompetentes y perezosos” (p. 49).

En el tercer capítulo Lewis hace una descripción de la isla de Vedra en los siguientes términos:

A primera vista no había signos de discordia en la vida en Vedra. Por fuera todo era tranquilidad. Vista desde el aire, desde un avión que volase a gran altitud entre Las Palmas y Tánger, la isla parecía tener la forma de una hoja de árbol chamuscada flotando en el mar, que era de un verde luminoso en los bordes arrugados de la hoja pero que adquiriría inmediatamente el oscuro color cobalto de un agua profunda, transparente y rizada por el viento. Las vetas de la hoja, que no se habían agostado, eran valles con plantaciones de plataneras tan espesas como la selva. Dieciocho pueblos centelleaban sobre los pliegues de tierra negra. Y un terreno hexagonal sin ningún brillo, pueblo o señales de cultivo, era la finca abandonada de Tur, conocida como la Salina de Sagral (p. 36).

A continuación hace una descripción general de la vida isleña, de la situación social y del ambiente que se respiraba en Vedra, una de cuyas especialidades era la de fabricar “estúpidos rumores” (p. 253):

Una inspección más de cerca seguía confirmando la tranquilidad del ambiente de Vedra. Los visitantes extranjeros que habían descubierto la isla e iban allí durante el invierno estaban encantados con ese feliz letargo. La gente con la que tenían contacto sonreía, les hacían reverencias y les eran de utilidad sin que su presencia se impusiera en ningún modo. Los adjetivos que a uno le venían a la mente eran los de tranquilos, decorosos, corteses. El clima tenía todo lo que uno pudiera desear; casi siempre soleado, rara vez demasiado caluroso. En cuanto a la arquitectura, la ciudad era toda alegría y, a pesar de los incendios frecuentes, todavía se mantenían muchas de las casas antiguas de madera que databan del siglo XVII.

La catedral, la cárcel, el Palacio de la Inquisición eran todos edificios magníficos. Cada calle tenía su herbolario, su boticario, su vieja tienda de vinos. Los turistas sacaban fotos a los pescadores, que se pasaban el día agachados remendando sus redes en el malecón, a las frecuentes procesiones de penitentes recitando el “Dios te salve María”, a las tímidas campesinas, al sangriento despiece de los tiburones en el muelle, a las viejas goletas de madera en el puerto con sus cabezas de ángel decorativas en la proa, y las almenas que, sin ningún motivo, rodeaban la ciudad, pues nunca habían repelido a ningún invasor. Los conflictos estaban allí, pero se mantenían fuera del alcance de la vista. Ningún signo de discordia perturbaba la calma. Los terribles problemas de la escasez de agua, la falta de terrenos, la presión de la población sobre los recursos de la isla ni la incompetencia del gobierno, a nada de ello se le daba publicidad. Ni tampoco a la inmediata y tremenda crisis que amenazaba la existencia de los pescadores, cuya pobreza resultaba tan pintoresca para los de fuera (pp. 36-7).

Es precisamente el primitivismo del lugar lo que destacan Griffin y Piercey, los representantes de la compañía “La Palomita”, que, además de ofrecer créditos a los campesinos para que adquiriesen maquinaria, quería comprar las tierras de Tur, con la mediación de su yerno Valentín. De este pasaje podemos extraer la siguiente conversación:

—Maravilloso, un lugar maravilloso —dijo Piercey. —Le estaba diciendo a su yerno que puedo verlo convertido en otro Capri. Tiene todo lo que tiene Capri y tiene muchas cosas que Capri no tiene. —Excepto que está muy lejos del centro de las cosas —dijo Tur. —Si es que se está refiriendo a esta isla y sus atractivos.

Valentín habló en inglés.

—Pero dentro de diez años, las distancias no van a significar nada. (...) Después de todo estamos aniquilando el espacio. (...) Dentro de unos años ningún lugar del planeta estará a más de dos o tres horas de uno de los grandes centros poblacionales (...)

—Ningún problema en poner a este lugar en el mapa —dijo Griffin. —Si se le da la publicidad adecuada. (...)

—Pero en la actualidad, es un lugar remoto —dijo Tur, y por qué no reconocerlo, innegablemente primitivo (...).

“Primitivo”, —dijo Piercey, —pero de eso precisamente se trata. Eso es lo que la gente busca hoy en día. Eso es lo que están dispuestos a pagar. Todo es absolutamente perfecto aquí. Justo como

está. No dejen que nadie lo toque. Por encima de todo, no dejen que nadie toque nada (pp. 125-6).

Cuando Laura regresa a Vedra tras pasar 15 días en Tenerife recuperándose del maltrato que supuso para ella oír las críticas y el insulto de la novia oficial de Toniet, el hijo ilegítimo de Tur con el que ella había mantenido un romance, la inglesa tiene otra conversación con Becket en la que leemos:

—¿Qué tal Tenerife, igual que siempre?

—Igual que siempre. No puedo decir que sea un lugar al que me haya aficionado.

—Pues solía entusiasmarto, a pesar de todo.

—Ah ¿sí? Supongo que debo haber cambiado. Ahora me parece más bien gris.

—Me parece que eso sería lo último de lo que se podría acusar a Tenerife.

—Es gris por comparación. Y en realidad me refiero a la gente y al ambiente – no al lugar. Todos van por ahí como si tuvieran números rojos en el banco y úlcera de estómago.

—¿Acaso esto no es gris también?

—No, —dijo ella. —Vedra no es gris. Y me encanta estar de vuelta (p. 154).

Otros personajes relevantes de lo que Lewis llama la “sociedad de notables” de Vedra son don Félix, miembro de la policía secreta, don Arturo O’Neill, jefe de la Guardia Civil, el comandante del puerto, que como pago a su apoyo a la Compañía de Las Palmas obtiene un coche Volkswagen, y al que Lewis describe como “un íbero, un fanático y un inquisidor” (p. 56) y por último el obispo, un viejo Savonarola, a quien Lewis erróneamente llama don Firmín (sic), quizá porque había oído ese nombre en sus visitas a España y lo transcribió tal y como a él le sonaba. También consideramos un posible error de transcripción lo que él denomina a lo largo de la novela “Bar Micalitus”, quizá por “Bar Miguelito”. Hay, no obstante, varias palabras y expresiones españolas que Lewis inserta en el texto, un fenómeno bastante frecuente en las obras de la bibliografía inglesa sobre Canarias y que hemos estudiado en varias ocasiones (cf. González Cruz-González de la Rosa 1995, 1997, 2006, 2007; y González Cruz, en prensa). Así por ejemplo encontramos varias veces la palabra *alcalde* (pp. 17, 18), o los términos *asco* (p. 34), *caballería* (p. 67), *fonda* (p. 109) o la expresión *Dios te salve María* (p. 37).

En cuanto a las mujeres canarias, Lewis confirma lo ya dicho por otros muchos visitantes británicos desde el siglo XIX (cf. Latimer, 1888: 214; Foreign Official, 1897: 163; Edwardes, 1888: 344, etc.) cuando escribe:

La mayoría de las mujeres se volvían sombras aburridas y condescendientes [...] amargas arpías (...) Sus cerebros parecían apartarse en una esquina, horrorizadas en la celda de la monotonía de sus vidas. Sus cuerpos se entorpecían y perdían la figura, de manera que a los veintitantos ya eran de mediana edad, y cuando tenían cuarenta años ya eran viejas (p. 30).

Más adelante, Lewis explica que Tur había adoptado completamente las actitudes espirituales típicas del isleño, lo que incluía una visión reaccionaria acerca del lugar que las mujeres deben ocupar en la sociedad: lo mejor era mantenerlas encerradas bajo llave y bajo las más estrictas medidas de seguridad (p. 79). Y habla de una aflicción especial de la isla que denomina “la debilidad” que afectaba a las mujeres que descendían de matrimonios mixtos entre campesinos de Vedra que habían ido a trabajar a las plantaciones de caña de azúcar de Cuba y las mulatas de esta isla. La debilidad consistía en una especie de ninfomanía, o como Lewis la llama, “sexualidad demoníaca”. Parece que la hija de Tur, Basilisa, sufría esta enfermedad, lo que su marido aprovecha para incitarla al adulterio proponiéndole que el pintor Becket le hiciera un retrato.

Otra enfermedad típica de la isla, sobre todo en el verano, era la del vómito, a la que Lewis hace referencia usando el término español, y explicando que consistía en cualquier tipo de afección estomacal veraniega y que podía provocar vómitos o no, pero también fiebre, dolor de cabeza, calambres estomacales y diarrea (p. 134). Aunque pocos morían de esta enfermedad, según Lewis, constituía casi una leyenda que hacía que muchos al llegar agosto se pusieran el pijama y siguieran una dieta de zumo de limón y galletas secas hasta que se pasara el mes. También constituía una excusa perfecta para que algunos maridos enviaran a sus esposas e hijos a grandes hoteles antisépticos en Gran Canaria, al tiempo que ellos se escapaban con sus guapas secretarias a sus nidos de amor discretamente localizados en las islas menores de La Palma, La Gomera o Lanzarote. Todo esto se justificaba con la idea, defendida por Tur, de que “la moralidad es sólo cuestión de lo que se ve. No hay nada inmoral en un engaño bien hecho. Si nadie se entera, créame que a Dios no le importa mucho” (p. 135).

Otras referencias que encontramos en la obra y que guardan bastantes reminiscencias con la realidad insular son las siguientes:

Hay varias referencias a los guanches, como cuando Tur se fija en el rostro de un campesino, cuyos dientes, nos dice, le recordaban al ejemplar más

valioso de su colección de momias (p. 127). También hay una escena casi al final de la obra en la que Tur abre su aparador-museo y coge la momia guanche mejor conservada. Y leemos:

Los expertos decían que se trataba de un hombre de unos cuarenta y cinco años, pero esta figura fetal, pequeña, de color marrón, apretado en sus propios brazos y piernas, y que pesaba menos de tres kilos¹, parecía más bien los restos patéticos de un niño muerto de hambre. En los últimos años, parte de los sentimientos paternos de Tur se habían incluso adueñado de este diminuto cadáver arrugado. Lo tomaba en sus brazos y le acariciaba la cabeza de simio (p. 246).

Igualmente, Lewis nos habla de una playa, La Caleta (nombre que recuerda a La Isleta), a la que iban mucho los turistas a hacer fiestas y *picnics*, pero que los vedrenses evitaban porque se decía que era frecuentada por los espíritus de los guanches, ya que allí se habían encontrado muchos restos de los aborígenes, que en la época de la conquista escalaban sus rocas para retirarse y morir (p. 202). También se menciona que las tierras de Salina del Sagral, donde Tur tenía su hacienda, habían estado cubiertas por densos bosques antes de la llegada de los conquistadores, y que estos, al verse incapaces de cabalgar por entre los árboles persiguiendo a los guanches para exterminarlos optaron por quemar y arrasar toda la zona (p. 120-1).

En una conversación entre Tur y don Arturo acerca de un edificio del siglo XV que, al parecer, estaba siendo restaurado, Tur niega que en la ciudad exista ningún edificio de esa época y le pregunta qué van a hacer con él, a lo que don Arturo responde:

—Va a ser uno de nuestros principales atractivos. El Palacio de Colón (...) Es parte del programa del Sindicato de Iniciativas para atraer el interés hacia los aspectos históricos de la ciudad — el interés del turismo, por supuesto.

—Esta ciudad no tiene historia, —dijo Tur. —A menos que se llame historia al hecho de haber sido incendiados varias veces por los argelinos. Querían que yo accediera a que mi casa se llamase el Palacio de Colón, pero yo me negué. Porque, en primer lugar, ¿de dónde sacaron la idea de que Colón haya visitado esta isla? (p. 98).

Nos parece que otra referencia encubierta interesante es a las conocidas brujas de Telde, cuando Lewis escribe lo siguiente:

Los pueblos del interior de Vedra siempre habían tenido fama —incluso en el continente— por sus clarividentes, que combinaban la práctica de las ciencias ocultas con una valiosa especialización en toda una gama de enfermedades psicosomáticas; en enfermedades de la piel, dolores de cabeza, melancolía y la ninfomanía endémica local. Habían sobrevivido a cinco siglos de oposición enérgica por parte de la Iglesia... (p. 117).

Por último, Lewis nos habla de la habitual práctica del fraude en la isla, como el fraude del atún por salmón (p. 224), pues en la factoría de pescado (recordemos que existió una en Las Palmas en la salida hacia Bañaderos hasta no hace muchos años) trataban el atún con un colorante y luego lo envasaban y etiquetaban como salmón.

En definitiva, la obra combina realidad y ficción, retratando el ambiente de corrupción, tramas políticas y caciquismo propio de esta etapa de la era franquista, los años 40 y 50, en los que la modernidad intentaba abrirse paso en las islas. No hemos podido obtener más detalles de la visita y estancia de Lewis en Canarias que las que hemos mencionado, pero sí parece que lo que vio y lo que supo de esta región le impresionó lo suficiente como para animarle a escribir esta novela en la que llega a comparar a los especuladores que querían controlar la isla con los conquistadores que exterminaron a los pacíficos aborígenes. Y escribe: “Hoy luchan bajo el estandarte de La Palomita, en vez del del rey. No hay justicia [...] por tanto no hay recompensa. ¿Dónde estaba Dios cuando el rey de España envió a sus hombres a esta isla? Estos eran los humildes. ¿Cuándo heredarán la tierra?” (p. 246).

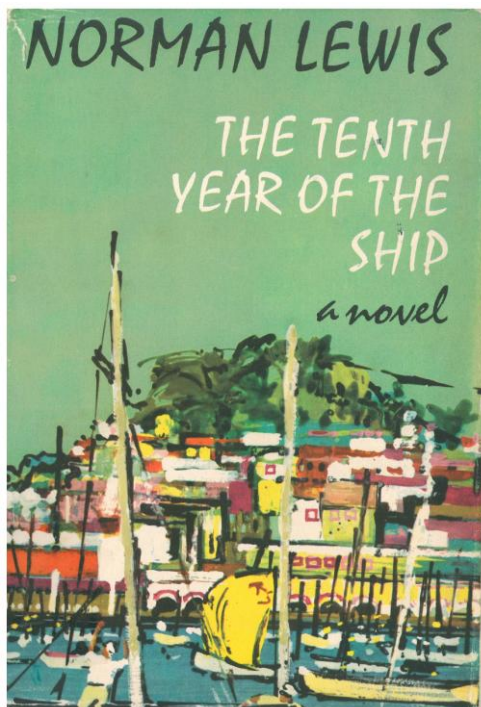
Aunque no figure entre las obras más renombradas de Lewis, sí hay que decir que *The tenth year of the ship* coincide en varios aspectos de su temática con los asuntos que más le interesaron como escritor, y que están muy en línea con lo que a su vez ha sido destacado por la crítica de su producción, a saber, “los éxitos y los fracasos de los gobiernos; la destrucción de las culturas tribales indígenas y las actividades de los misioneros, los bandidos, los especuladores y los políticos que se cambian de chaqueta”

(<http://www.guardian.co.uk/news/2003/jul/23/guardianobituaries.booksobituaries>).

ANEXO FOTOGRÁFICO



Norman Lewis (1908-2003)



BIBLIOGRAFÍA

- EVANS, Julian: *Semi-invisible man: the life of Norman Lewis*, Londres: Jonathan Cape, 2008.
- FOREIGN OFFICIAL: *A complete description of the Canary Islands and the town of Las Palmas*, Miriam's Illustrated Guides. SENS, Printing C. Goret & Co., 1897.
- GONZÁLEZ CRUZ, M.^a Isabel: "Realidad y ficción en *Grand Canary. A novel* (1933), la novela de A. J. Cronin en Tenerife", en *Actas del XVI Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2006, pp. 1061-1075.
- "La visión de Canarias en *Tales of the Fortunate Isles* (1959) de Paul Eldridge", en *Actas del XVII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008, pp. 1495-1508.
- "La visión de Gran Canaria en *Canary Island adventure. A young family's quest for the simple life* (1956) de Richard Walter", en *Actas del XVIII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2010.
- "Hispanismos y canarismos en los textos de dos viajeras inglesas decimonónicas", en *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, EN PRENSA.
- GONZÁLEZ CRUZ, M.^a Isabel y M.^a del Pilar GONZÁLEZ de la ROSA: "Viajeros ingleses y difusión del léxico español: análisis de las influencias lingüísticas de tres modalidades del español en las obras de cinco viajeros británicos", en Pilar Abad, José M. Barrio y José M. Ruíz (Coords.), *Estudios de Literatura Inglesa del siglo xx*, vol. 3. ICE - Universidad de Valladolid, 1996, pp. 199-206.
- "Hispanismos en el inglés actual: vulnerabilidad léxica de la lengua del imperio". En Jordi Piqué y J. Vicent Andreu-Besó (eds.), en *Lingüística Aplicada en su contexto académico*. Universidad de Valencia, 1997, pp. 320-327.
- "Language and travel: Spanish vocabulary in British travel books", en *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 12, 2006, nos. 2-3: 203-217.
- "El viaje lingüístico: una aproximación sociolingüística a la literatura de viajes", en José M. Oliver, Clara Curell, Cristina G. Uriarte y Berta Pico (eds.), *Escrituras y reescrituras del viaje. Miradas plurales a través del tiempo y de las culturas*, Berna: Peter Lang (col. Liminals, vol. 10), 2007, pp. 235-251.
- LATIMER, Frances: *The English in Canary Isles*, Plymouth: Western Daily Mercury, 1888.
- LEWIS, Norman: *Spanish adventure*, Londres, 1935.
- *The tenth year of the ship. A novel*, Londres: Collins, 1962.
- *I came, I saw: an autobiography*, Picador travel classics, 1994.
- OXFORD Dictionary of British Biography. Oxford University Press, 2004.

NOTAS

- ¹ En el texto original el autor utiliza la libra como unidad de peso, que —como es sabido— equivale a 0,373 Kilogramos. En realidad literalmente nos dice que pesaba menos de ocho libras.